

Primera parte

El Portugal contemporáneo

Está claro que el Imperio portugués está llegando a su fin. Ahora, en sus últimos días, es oportuno examinar su historia y su estructura, tanto por el interés propio que suscitan de manera independiente como por la importancia que tienen para cualquier consideración general sobre el imperialismo. Ya existen (y, sin duda, seguirán apareciendo) buenos informes factuales sobre el Imperio portugués, tanto del pasado como del presente. El estudio que se presenta a continuación pretende, más bien, sugerir un modelo teórico que integre el material disponible en un todo coherente y significativo. Comienza, necesariamente, con una breve descripción del propio Portugal contemporáneo como centro de determinación colonial¹ a la que sigue un resumen de la historia del Imperio. A continuación, se analizará la estructura del imperialismo portugués en su forma actual y una última sección tratará sobre la insurrección angoleña de los años sesenta.

I. Economía²

Situado en la costa occidental de la península Ibérica, Portugal posee unas 350 millas de largo y 100 de ancho. El norte es montañoso, pero el sur y casi todo el centro están formados por altas mesetas que prolongan la Meseta Central española hasta el Atlántico. Su clima es uno mediterráneo,

- 1 El «Portugal contemporáneo» al que se refiere el autor es al de las décadas de 1950 y 1960 en tanto en cuanto esta obra se publica originalmente en forma de tres artículos de *New Left Review* a lo largo de 1962. [N. del T.].
- 2 Las estadísticas provienen de fuentes como el *Anuário estatístico de Portugal* de 1958, la ONU, la OEEC y la Economist Intelligence Unit.

con una pluviosidad de 29 pulgadas y una temperatura media que oscila entre los 70° y 50° F. La población es, a 1960, de 9 100 000 habitantes. La proporción de población económicamente activa es la siguiente:

Agricultura, silvicultura, pesca	1 569 000
Industria	592 000
Servicios personales y generales.	489 000
Comercio y seguros	227 000
Construcción y obras públicas	155 000
Funcionarios	115 000
Transporte	107 000
Minería	25 000
Industrias de servicio público	10 000
Resto	6 000
Total	3 186 000
de los cuales mujeres	725 000

(cifras del censo de 1950)

Así, el sector primario (agricultura, pesca y silvicultura) absorbe cerca del 50 % de la mano de obra portuguesa, la industria solo representa el 24 % y el sector terciario, de trabajadores no manuales, emplea al 26 % restante. Este modelo es único en Europa Occidental: el otro país con una mano de obra distribuida de forma parecida es España, que, sin embargo, tiene un sector industrial mucho mayor. Una comparación con Bélgica y Holanda, las otras dos potencias coloniales físicamente más pequeñas, es instructiva. En 1957 Bélgica, con una población casi idéntica a la de Portugal (9 000 000), tenía un sector agrícola del 11 %, un sector industrial de nada menos que el 49 % y un sector terciario del 37 %. El mismo año en Holanda las cifras mostraban un patrón aún más sofisticado: 19 %, 30 % y 41 %. El contraste revela que la economía portuguesa está extremadamente atrasada.

El panorama se hace más nítido a medida que se conocen los detalles. La agricultura ocupa la mayor parte de la mano de obra, pero se trata de una agricultura de subsistencia con un nivel técnico tan bajo que solo representa a una cuarta parte del producto nacional. El suelo, carente de fosfatos y potasa, es especialmente pobre. Las técnicas de fertilización son rudimentarias (se calcula que la producción podría aumentar al menos

en un 50 % con una fertilización adecuada). La mecanización es mínima (en 1958 había 6000 tractores en todo Portugal). La erosión, debida a la escasa pluviosidad y a la falta de medidas preventivas, está muy extendida. Como consecuencia, a pesar del lugar preponderante que ocupa la agricultura en la vida nacional, Portugal tiene un déficit permanente de cereales: entre 1953 y 1955 se importaron 150 000 toneladas métricas de maíz al año y en 1960 las importaciones de trigo costaron 227 millones de escudos.

Casi no existe industria pesada. Los yacimientos de carbón y hierro son relativamente pequeños: en 1960 se produjeron 490 000 toneladas de carbón y 280 000 de mineral de hierro. En la actualidad existe una sola acería en el país (en Seixal, cerca de Lisboa) con capacidad inicial de 200 000 toneladas al año y capacidad objetivo de 500 000, pero por el nivel de demanda en lento aumento se espera que la forja se limite a mantener el volumen de las importaciones de acero en la cantidad actual. La producción eléctrica ha aumentado en los últimos años y en 1960 alcanzó los 3250 millones de kilovatios. No obstante, sigue siendo la producción per cápita más baja de Europa Occidental. En 1959 el consumo total de energía era el equivalente al de unos 355 kilos de carbón per cápita. Las estimaciones de la Organización Europea para la Cooperación Económica sitúan esta cifra en un 15 % con respecto al índice medio. Países tan subdesarrollados como Panamá, Líbano o la Federación malaya³ consumían más (478, 567 y 558 kilos respectivamente).

El textil es la industria ligera dominante. Emplea a un tercio de la mano de obra manufacturera total y proporciona una quinta parte de todos los ingresos de exportación. La base de esta industria es artificial en su mayoría, ya que depende en gran medida de unos precios del algodón forzosamente bajos en las colonias y de unos mercados drásticamente protegidos en sus territorios. En 1960 el 82,7 % de las importaciones de algodón en bruto de Portugal procedían de sus colonias y el 35,8 % de sus manufacturas se exportaban a las mismas zonas. Sin esta oferta y demanda impuesta por la administración, la industria textil portuguesa, ineficiente y poco competitiva, se reduciría rápidamente. El corcho, del que Portugal es el mayor productor mundial, es la otra gran industria de exportación (una sexta parte de todos los ingresos exteriores en 1960). Con todo, cerca de la mitad de estos ingresos proceden del corcho bruto que, como producto primario, está sujeto a considerables fluctuaciones

3 Actual Malasia. [N. del T.].

en los precios mundiales y sufre un exceso de oferta en estos momentos. Le siguen en importancia los productos de pesca, principalmente la sardina, y el vino. Las cifras de 1960 eran las siguientes:

Exportaciones (mill. de escudos)

Textiles	1 980
Corcho	1 468
fabricado	772
sin fabricar.	696
Conservas de pescado	1 057
Vino.	687
Madera y manufactura.	465
Resina y productos	420
Wolframio	106
Aceite de oliva	82
	6 265
Exportaciones totales.	9 354

Respecto al consumo interno, hay pequeñas industrias que producen artículos de piel, jabón, papel, cristalería, cerámica y productos metálicos, químicos, eléctricos y farmacéuticos.

En cambio, los principales productos de importación son los bienes industriales pesados (maquinaria y acero acabado), los de consumo duradero (vehículos de motor, aparatos de radio y máquinas de coser), los alimenticios (trigo, azúcar, patatas y bacalao) y los combustibles (petróleo y carbón).

Importaciones (mill. de escudos)

Maquinaria industrial	1 425
Hierro y acero	1 403
Algodón en bruto	1 041
Vehículos a motor	882
Petróleo crudo	820
Productos petrolíferos refinados	525
Fibras artificiales	301
Trigo	226

Barcos	222
Productos de hierro y acero	200
Receptores de radio y televisión.	187
Antibióticos y medicamentos.	251
Plásticos.	235
	7 902
Importaciones totales	15 636

Con la única excepción del algodón en la industria textil, no se produce la clásica absorción colonial de materias primas para su re-exportación como productos manufacturados. El equilibrio es exactamente el opuesto: exportaciones de materias casi primas (como corcho o vino con una intervención tecnológica mínima) e importaciones de productos manufacturados. El modelo es el inverso al de una economía imperial.

Así, Portugal, potencia colonial, tiene la economía de un país subdesarrollado con una agricultura de semisubsistencia, una insignificante industria de bienes de producción, un sector de consumo extremadamente limitado y una dependencia abrumadora de las exportaciones de productos primarios transformados. El corolario es un nivel de vida que constituye el más bajo de Europa Occidental y uno de los más bajos del mundo (210 dólares al año, menos que Grecia o México).

II. Sociedad

Las estructuras sociales portuguesas reflejan y refuerzan el retraso de la economía del país. Más de dos tercios de la población viven en comunidades de menos de 2000 habitantes y el campesinado es, con diferencia, la clase más numerosa. Este estrato sufre dos regímenes de tenencia opuestos, pero igualmente opresivos: el sur está dominado por vastos latifundios de una aristocracia feudal y el norte, por miríadas de minúsculas explotaciones campesinas. Así, las desproporciones de riqueza tienen poca comparación en el mundo, pues el 90 % de las explotaciones son minúsculas parcelas de una media de 2,4 acres de cultivos en el norte, mientras que en el sur el tamaño medio es 2500 veces mayor (5878 acres). De todas las explotaciones portuguesas, el 94,9 % tiene menos de 24 acres y solo el 0,3 % supera los 494. Sin embargo, las primeras

únicamente representan el 28,7 % de la superficie total cultivada del país y las segundas, el 39 %.

En el norte, a través de generaciones de herencias divididas, las innumerables explotaciones son cada vez más pequeñas y menos viables. Incluso dentro de este sistema, el latifundismo es rampante: un testigo reciente informó de que no es extraño que una granja de cinco acres pertenezca a no menos de 15 personas diferentes. Los inmensos latifundios del sur se dedican al cultivo extensivo y a la ganadería. En el norte el pequeño campesinado propietario no dispone de capital suficiente para mejorar su rendimiento y en el sur el latifundista absentista, como en gran parte de América Latina, se contenta con su beneficio agregado y no hace inversión de ningún tipo para aumentar la productividad. El resultado neto es el desempleo crónico en el campo y el déficit de cereal.

El salario medio agrícola es de 5/7d⁴ al día para los hombres y 3/1d para las mujeres. El de la clase trabajadora urbana es un poco mejor: 6/7d al día, unas 2 libras a la semana. Las huelgas para reclamar salarios más altos, jornadas más cortas o condiciones laborales mejores ni siquiera se contemplan, pues los sindicatos son ilegales. Con una economía estancada y precios a la baja a causa de los monopolios y de la inflación en los sectores administrativos y comerciales, los salarios reales cayeron un tercio entre 1939 y 1958. El consumo de carne per cápita es una cuarta parte del de Francia y apenas superior al de Egipto, el consumo de azúcar es comparable al de Ceilán⁵ o Pakistán y la ingesta de calorías (2410) es inferior a la de países subdesarrollados como Grecia, Paraguay o Egipto.

Las condiciones habitacionales coinciden con las nutricionales. Incluso de acuerdo al criterio oficial, hasta 11 000 familias solo en Lisboa (790 000 habitantes) se encuentran en viviendas no aptas para el ser humano. En 1950 de todas las casas portuguesas únicamente el 14,5 % tenía agua corriente (34,2 % en España, 28,7 % en Grecia), el 19,5 % electricidad (80 % en España) y el 7,8 % baños. La salud refleja inevitablemente estas condiciones de alimentación y alojamiento, por lo que la tasa de mortalidad infantil es la más alta de Europa (88,6 por cada 1000 habitantes) y superior a la de algunos territorios coloniales y excoloniales (67,5 en Senegal), la tuberculosis es más frecuente que en cualquier otro lugar de Europa (51 muertes por cada 100 000 habitantes)

4 Símbolo del *fárting*, un cuarto de penique o 1/960 de libra. [N. del T.].

5 Actual Sri Lanka. [N. del T.].

y Portugal cuenta con un Ministerio de Sanidad tan solo desde 1958. La educación no va mejor: el 40,4 % de la población mayor de siete años es analfabeta, la cifra más alarmante de todas.

Las estadísticas de emigración son un veredicto de culpabilidad del sistema. Entre 1954 y 1957 la emigración media fue de 31 760 personas al año, un tercio del aumento de la población nacional en ese período. Aproximadamente el 65 % se dirigió a Brasil o Venezuela.

Los soberanos de esta miseria son una pequeña y compacta oligarquía de familias que dominan la economía total mediante un conjunto complementario de control personal e institucional. Por un lado, una serie de puestos directivos entrelazados hace que se vinculen bancos, industrias y compañías de seguros. Por el otro, una omnipresente red de cárteles cubre toda la economía y garantiza niveles de beneficios monopolísticos. Estas estructuras subrayan el retraso de Portugal como metrópoli colonial y muestran sorprendentes analogías con el Egipto de preguerra, donde una élite de tipo similar (tradicional, mestiza y socialmente exclusiva) dominaba la economía desde posiciones de poder en la banca y las finanzas y, por tanto, debilitaba el crecimiento económico a través de la especulación inmobiliaria y financiera. La Companhia União Fabril, arquetipo de los cárteles portugueses, ocupa una posición comparable a la del famoso grupo Misr en el *ancien regime* de Egipto. Tiene el monopolio de la industria metalúrgica portuguesa, controla la mayoría de astilleros y navieras y tiene una participación masiva en las empresas exportadoras y coloniales. A través de su filial Gouveia es prácticamente dueña también de la Guinea portuguesa, donde tiene el monopolio del comercio mayorista y minorista, de las industrias del arroz y el cacahuete y de todos los transportes. Dentro del Portugal metropolitano, sus actividades auxiliares incluyen los medicamentos, el cemento, el tabaco, el estaño, la celulosa, el transporte aéreo, la industria eléctrica, la banca, el jabón, la cerveza, las cerillas, la ganadería, el cine, la inmobiliaria y los seguros.

Al mismo tiempo, la penetración de capital extranjero en Portugal, sobre todo británico, está más avanzada que en cualquier otro país europeo. El centro industrial y comercial de Oporto está dominado por familias angloescocesas que residen ahí desde hace generaciones (Clarkes, Coutts, Sandeman, de la Fosse), la Compañía Telefónica Angloportuguesa tiene el monopolio del sistema telefónico del país, los servicios urbanos de autobús y tren son todos de propiedad británica, el Banco de Londres y Sudamérica asegura una fuerte representación británica en el

sector y aproximadamente la mitad de las compañías de seguros (40 de 86 en 1953) son de propiedad extranjera con predominio británico (26 empresas británicas frente a seis francesas, cuatro españolas, dos suizas, una alemana y una italiana). Los británicos tienen fuertes intereses en la construcción naval y los productos eléctricos (English Electric), mientras que los alemanes, en los productos farmacéuticos (Meyer) y la ingeniería (Mannesmann, Krupp). Además, hay un monopolio estadounidense en la comercialización del corcho.

III. Política

La lógica del arcaísmo económico, la explotación brutal y el omnipresente capital extranjero trae consigo un régimen político de violencia permanente, pues solo una maquinaria masiva de represión podría mantener en pie esta intolerable estructura. La dictadura de Salazar es, precisamente, eso. Nacida en 1926 con una revuelta del Ejército, representó, como sus homólogas española y latinoamericana, la creación de una alianza militar y eclesiástica. Los beneficiarios de este régimen son los latifundistas feudales y la oligarquía controladora de los cárteles. La Iglesia y el Ejército son, a su vez, formaciones institucionales de estos grupos. El carácter social del régimen de Salazar es, por tanto, inequívoco, pero su identidad se extiende más allá de su clase de origen y abanico de beneficiarios. En sus 35 años de existencia el aparato político del salazarismo, en un proceso sociológico ya clásico, se ha liberado hasta cierto punto de su base social y ha ganado un margen de autonomía frente a los grupos que lo llevaron al poder (y a cuyos intereses, de hecho, sirve). Ha desarrollado un amplio armazón paramilitar e ideológico propio, con al menos cinco cuerpos armados políticos y policiales diferentes: la guardia republicana o la GNR, la policía secreta o la PIDE, la antidisturbios o la PSP y la Legión Portuguesa, una organización de camisas verdes voluntarios. También existe una policía de aduanas armada, la Guardia Fiscal. La Legión cuenta con unos 87 000 miembros y es una importante fuerza militar y política de reserva del régimen, mientras que la GNR contaba con unos 7675 hombres en 1958 y ahora es capaz de desplegar de inmediato unidades totalmente blindadas y motorizadas contra huelgas o manifestaciones. Paralelamente a estos organismos la organización civil del régimen se asienta en la Unión Nacional, el único partido político de Portugal. Fundado en 1930, nunca ha sido

muy importante en la constelación de poder dentro del régimen y hoy se limita principalmente a un papel ideológico y publicitario.

El régimen portugués normalmente se describe como fascista y el aparato de represión y explotación analizado en los párrafos anteriores responde de manera clara a esta clasificación. La ideología del salazarismo, el corporativismo, da al término una referencia histórica precisa: el corporativismo concibe la nación como una serie de grupos de interés en conflicto, entre los que el Estado debe actuar como árbitro organizando a todos los grupos en corporaciones y mediando imparcialmente entre ellos. Así, los empresarios se organizan en gremios y los trabajadores en sindicatos. El poder legislativo se divide en una Asamblea Nacional (los 120 escaños, elegidos por sufragio rigurosamente restringido, están en manos de la Unión Nacional) y una Asamblea Corporativa, que representa a las diferentes corporaciones.

Por supuesto, el corporativismo era la ideología oficial del Partido Fascista Italiano y su imitación en Portugal define al régimen de Salazar como fascista en el sentido más puro del término. Aun así, en Portugal sigue siendo un asunto al que se le pone poco entusiasmo: el régimen nunca ha hecho ningún intento real de propagación sistemática o exposición teórica. El corporativismo en Portugal es una ideología *larvada*, con poca importancia política. La razón de ello reside, sin duda, en el papel del catolicismo en el país. El fascismo es una *operación de emergencia*, un último y desesperado intento de prolongar o resucitar por la fuerza un orden social que antes funcionaba como si fuera natural y automático, sin la intervención abierta de la violencia, pero que ahora está irremediablemente roto. Así, desarrolla una ideología articulada en la medida exacta en que los centros tradicionales de autoridad se han debilitado o declinado. En Portugal, privado de experimentar la Reforma cristiana y la Revolución Industrial, el catolicismo es virulento e indiscutible (más que en cualquier otro país europeo, incluso España). Por tanto, no es necesaria una ideología fascista desarrollada. En Italia la influencia y el poder de la Iglesia, aunque todavía masivos, también fueron ampliamente cuestionados y desacreditados en los años veinte, por lo que el fascismo italiano fue más ideológico. En la vorágine de la Alemania de los años treinta, donde toda autoridad tradicional se había desmoronado, el fascismo adoptó una forma ideológica muy articulada y sistemática. Lo que es cierto para la teoría política es, a buen seguro, igualmente cierto para la maquinaria política práctica: el carácter fachada de la Unión Nacional y la posición descentrada de la Legión Portuguesa

son el anverso del papel abrumador del Ejército en Portugal, del mismo modo que las posiciones relativas de la Falange, los partidos fascistas y el nazismo han variado inversamente al papel del Ejército en España, Italia y Alemania. En 1958 uno de cada tres ministros del Gobierno portugués era miembro de las Fuerzas Armadas, incluyendo a los cruciales ministros del Interior y de los Territorios de Ultramar. Además, el Presidente de la República es siempre un general. Los gastos militares en 1960 absorbieron una quinta parte del presupuesto (2219,4 millones de escudos de un gasto total de 10 488) y estaba previsto que en 1961, mucho antes de la insurrección angoleña, ocuparan bastante más de una cuarta parte. El reclutamiento de élite del cuerpo de oficiales es explícito: ningún «ciudadano portugués de color» puede convertirse en oficial, ningún oficial puede casarse con ninguna mujer que no tenga un título universitario o una dote de 875 libras y todos los oficiales deben casarse por la Iglesia.

El régimen de Salazar ha podido apoyarse en gran medida en las instituciones tradicionales para su aparato de coerción y mistificación. Asimismo, ha desarrollado estructuras independientes propias, en especial en torno a su ejercicio de represión policial, y disfruta de un margen limitado, pero definido, de autonomía con respecto de sus apoyos institucionales y sociales (lo cual, como se verá más adelante, tiene una importancia política inmediata). En resumidas cuentas, Portugal, formalmente la tercera potencia mundial en la actualidad, es en sí mismo un país subdesarrollado, con una infraestructura preindustrial en su mayor parte, modelos de propiedad feudales, supremacía militar y un fascismo tórpido. El complejo metropolitano que determina el sistema específico de dominación ultramarina portuguesa es el ultracolonialismo, es decir, a la vez la modalidad más *primitiva* y *extrema* del colonialismo. Es en función de estos dos elementos que se puede hacer un análisis del Imperio portugués.

IV. Colonización refleja

La anomalía del imperialismo portugués debe contemplarse desde una perspectiva histórica. ¿Cómo llegó Portugal a poseer sus vastas colonias africanas? Sus orígenes se remontan al inicio de la expansión ultramarina europea en el siglo xv.

Asia

Portugal, favorecido por su posición geográfica a lo largo de la fachada atlántica y frente al extremo occidental de África del Norte, comenzó a enviar barcos hacia el sur a lo largo de la costa atlántica africana a principios del siglo xv. En 1434 se cruzó el cabo Bojador, en 1444 se llegó a Senegal, en 1456 se colonizaron las islas de Cabo Verde, en 1485 Diogo Cão llegó a la desembocadura del Congo, en 1487 Bartolomeu Dias rebasó el cabo de Buena Esperanza y en 1498 Vasco da Gama desembarcó en la India.

¿Cuál fue el significado económico de esta expansión? Hay que distinguir dos etapas. En la primera mitad del siglo las expediciones portuguesas a África Occidental tenían como principal objetivo la adquisición de oro guineano. Las carabelas partían cargadas de estaño, latón, lino, coral y otras baratijas (y, más tarde, abalorios para la costa oriental de África) y trocaban todo esto por oro y esclavos. Así, el oro acumulado contribuyó a sustituir a Sudán como proveedor, cada vez más escaso y que, hasta alrededor de 1440, había financiado el deficitario comercio europeo en Levante.

Una vez que Vasco da Gama desembarcó en la India, toda la base de la expansión comercial portuguesa cambió. El objetivo eran ahora las especias (pimienta, nuez moscada, canela, clavo) y no el oro. El acceso directo a la India permitió a los portugueses eliminar a los intermediarios árabes y levantinos que hasta entonces controlaban el mercado europeo de exportación desde El Cairo y Alejandría.

Los beneficios del comercio de especias fueron colosales en un principio. El cargamento de pimienta de Vasco da Gama, que no era muy grande, pagó 60 veces su viaje. Las especias se compraban con el oro guineano y la plata alemana por los que luego se vendían en Europa. Los precios de la pimienta se desplomaron en Europa tras los primeros viajes, pero más tarde se estabilizaron en 30 cruzados el quintal. Mientras tanto, su precio de adquisición en la India se mantuvo en torno a los dos cruzados. Venecia, antiguo centro del comercio de especias en Europa, sufrió una grave crisis y se unió a los comerciantes árabes del mar Rojo para intentar expulsar por la fuerza a los portugueses de sus zonas de ventaja en la India. Sin embargo, en 1509 frente a Diu una flota veneciana, árabe e india fue destruida por Francisco de Almeida y el control portugués de la navegación en Oriente Medio quedó asegurado.

Siguió una rápida expansión: Goa fue tomada en 1510 y pronto se dominó toda la costa india, Malaca, en el estrecho malayo, fue tomada

en 1511 y la principal zona de origen de las especias (las islas indonesias de Ambon, Ternate y Tidore), en 1514. En 1515 se capturó Ormuz, en el golfo Pérsico, y en 1519 cayó Colombo. A mediados del siglo xvi, los portugueses controlaban todo el océano Índico, desde África Oriental hasta Indonesia y desde el golfo Pérsico hasta Birmania. La estructura de este Imperio era absolutamente distintiva, pues consistía simplemente en un vasto arco de bases navales que se desplegaban a intervalos inmensos alrededor del océano Índico: Sofala, Mozambique y Mombasa en África Oriental; Ormuz y Mascate en el golfo Pérsico; Diu, Damán, Vasai, Chaul, Goa y Cochín en la India; Colombo en Ceilán; Malaca en el estrecho malayo; Ambon, Ternate, Tidore y Solor en Indonesia; y, más tarde, Macao en el mar de la China meridional. Estas bases dominaban tanto las fuentes como las rutas marítimas y aseguraban con eficiencia el dominio comercial portugués sobre todo el océano.

La riqueza fluyó hacia Portugal a una escala inmensa y sin precedentes. Afonso de Albuquerque estimó los beneficios anuales para la Corona en un millón de cruzados al año y Lisboa se convirtió en la ciudad más opulenta de Europa. En la primera mitad del siglo xvi se alcanzó el clímax del lujo imperial, que marcó el cenit de la primera oleada de expansión ultramarina europea.

El Imperio portugués del siglo xvi trajo consigo la creación de un tipo específico de imperialismo denominado «de intercambio». Su patrón era el del trueque o la compra de un tipo de mercancía, normalmente primaria, por otra. Por ejemplo, la pimienta de la costa de Malabar, la canela de Ceilán y el clavo, la macis y la nuez moscada de las islas indonesias se compraban a lo largo y ancho de la costa india con plata alemana de las minas de Augsburgo. La acumulación de capital procedía de la afluencia de oro guineano durante la primera mitad del siglo xv, que se reinvertió en las expediciones de especias con un rendimiento superior. A medida que los portugueses se hicieron con el poder del litoral índico, gran parte de las zonas de suministro de estas especias pasaron a estar bajo su control, lo que permitió enviarlas a la metrópoli de manera directa. Además, cuando la supremacía naval quedó firmemente establecida, los portugueses empezaron a obtener beneficios cada vez mayores del comercio interportuario asiático, al que controlaban mediante un sistema de licencias sin las cuales los comerciantes locales podían ser detenidos y sus mercancías, confiscadas. De este modo, la mayoría de las especias llegó a pagarse con telas de Coromandel procedentes de la costa india. Los caballos árabes, el oro y el marfil africanos y los lingotes chinos y

japoneses se transportaban en recorridos relativamente cortos y seguros de un almacén a otro: de Ormuz a Goa, de Cochín a Colombo, de Macao a Nagasaki. En última instancia, la mayor parte de los ingresos portugueses en Oriente procedían de este comercio transportista. Aunque una fracción importante se quedaba en Oriente, los carruajes que regresaban a Lisboa iban cargados de especias, sedas y textiles.

Además de intercambio, el comercio oriental portugués significaba imperialismo, debido a que para su aplicación se usaban medios de violencia tecnológicamente superiores (como en el bombardeo de Calicut, el incendio de Mombasa, la toma de Socotra o el saqueo de Goa). Las causas del éxito portugués en el océano Índico en el siglo xvi son muy discutidas. Dos factores cruciales fueron la propia posición de Portugal en la geopolítica europea de la época y el estado de los diversos imperios a los que se enfrentaron los portugueses cuando rodearon África a finales del siglo xvi. Aparte de las ventajas puramente geográficas por su posición periférica en la costa atlántica, Portugal gozaba del atributo colateral a su relativo aislamiento en la lucha por el poder político en Europa, lo que le permitió una concentración total en la expansión ultramarina que ningún otro país europeo pudo igualar. Al mismo tiempo, ninguno de los principales estados contra los que se lanzó la expansión portuguesa en el océano Índico era demasiado potente en aquel momento: el Imperio mameluco de Egipto estaba a punto de sucumbir ante los turcos otomanos; el sur de la India estaba dominado por cinco Sultanatos musulmanes y el Imperio hindú vijayanagara que, frecuentemente, estaban en guerra entre sí; el Imperio javanés de Mayapajit estaba en decadencia; la China Ming se encontraba en una fase aislacionista y Japón estaba sumido en la anarquía. Así pues, cuando los portugueses aparecieron en el océano Índico y más allá, había muy poca navegación armada para oponerles resistencia.

En cuanto al nivel cultural, los Imperios de Oriente estaban tan avanzados como el agresor portugués, si no más (incluso en el caso de las pequeñas ciudades-Estado árabes de la costa este de África). Como afirma Duffy, «según todos los indicios, el mundo oriental era uno comparable en cultura material, si no superior, al Portugal de 1500»⁶. El éxito portugués ni siquiera se debió a una tecnología naval superior, pues los pilotos y los instrumentos de navegación en las áreas india y africana eran tan buenos como cualquiera de los que tenían los portugueses. De

6 Duffy, J. (1959), *Portuguese Africa*, Universidad de Harvard, Cambridge.

hecho, los buques de guerra chinos e indonesios eran mejores que los portugueses. Donde sí había una superioridad decisiva era en la artillería: los chinos poseían cañones desde hacía siglos, pero eran ineficaces en comparación con los modelos europeos, y el resto de la artillería asiática era aún menos útil. La supremacía portuguesa en Oriente se basaba, en última instancia, en una mayor potencia de fuego.

La lógica de este tipo de expansión era pasar del imperialismo de intercambio al imperialismo de verdadera extracción. La transición de una etapa a la otra implicaba un uso más sistemático de la violencia. En lugar del establecimiento de fábricas y fuertes a lo largo del litoral, se inició una colonización de las extensas zonas del interior. Con la incautación de las islas de las especias ya se había dado formalmente este paso en el Portugal del siglo XVI, pero las especias eran un cultivo tan concentrado geográficamente (por ejemplo, la totalidad de la cosecha mundial de clavo en el siglo XVIII procedía de la isla de Ambon, por causa de la restrictiva práctica neerlandesa) que las consecuencias normales del cambio nunca llegaron a producirse en la parte asiática del Imperio portugués.

Los administradores clave (Real⁷ y Francisco de Almeida) se resistieron conscientemente a cualquier tendencia que significase extender los enclaves portugueses hacia el interior. Vasco da Gama llegó a aconsejar el abandono de Ormuz, Malaca y todas las fortalezas indias excepto Goa y Cochín.

La diferencia decisiva entre cualquiera de estos tipos de imperialismo y el imperialismo transformador clásico del siglo XIX es clara. Los primeros explotaban sus posesiones coloniales para abastecerse tanto de materias primas como de mercados de consumo de los bienes producidos en la metrópoli (a menudo a partir de las materias primas de las propias colonias). El segundo simplemente imponía un intercambio ventajoso de productos primarios o, en el mejor de los casos, se hacía con el control de su extracción.

Aun así, la diferencia crucial radica en el papel de la tecnología en cada uno de ellos. En el imperialismo del siglo XIX la superioridad tecnológica es generalizada, estructurada y define todos los aspectos de la realidad colonial. Es a la vez motor y causa de todas las relaciones

7 Con este apellido el autor remite a la familia de navegadores Corte Real, pero no está claro si se refiere en concreto a João Vaz Corte Real, quien colonizó una de las islas Azores, o a Gaspar, Miguel o Vasco Anes Corte Real, hijos del primero y también «exploradores». [N. del T.].

socioeconómicas en juego. Por el contrario, en el imperialismo cronológicamente anterior la superioridad tecnológica se limita al medio *esencialmente externo* de la violencia, dejando inalterados los procesos *estrictamente económicos*.

La diferencia se acentúa por el impacto interno de la oleada de expansión comercial portuguesa de principios del siglo xvi. Mientras los ingresos orientales se disparaban, la economía metropolitana se estancaba. En palabras de Trend:

Los portugueses no producían nada en la metrópoli, ni en cuanto a agricultura ni en cuanto a manufactura. En medio de lo que parecía una feria perpetua, la nación mendigaba su pan. El Rey pidió a Flandes barcos de maíz. Tras la hambruna de 1503 y 1504 llegó la peste de 1505. La inmensa riqueza de Lisboa era inútil. En 1521 la presión del hambre era tan grande que los pobres, quienes vagaban en bandas por Lisboa, caían muertos y permanecían insepultos. El maíz seguía comprándose en el extranjero. Portugal comenzó a importar trigo y cebada de Francia y del norte de África, así como de Flandes.⁸

La carne conservada en sal, el queso, la mantequilla y el pescado tenían que comprarse en el extranjero, al igual que se importaban manufacturas elementales como paños, metalistería y muebles. La deuda externa de Flandes llegó a ser tan elevada que en 1543 los tipos de interés en Amberes habían subido al 50 %. En 1544 la deuda real ascendía a 2 000 000 cruzados, en 1552 a 3 000 000 y en 1560 era tan grande que se repudiaron sus intereses. Se importaron esclavos de la costa guineana para el trabajo manual mientras que los portugueses emigraban al oeste de España en busca de empleo. Los pogromos contra la población judía estallaron y en 1538 hicieron su aparición las leyes suntuarias, un fenómeno clásico de inflación y desintegración social extrema.

Los testigos extranjeros coetáneos fueron enfáticos al afirmar que el imperio de las especias había desmoralizado a la industria y agricultura nacionales. Creían que el motivo era su efecto magnético sobre la mano de obra, su alto índice de bajas (hasta el 50 % de una tripulación moría a menudo por enfermedad y, a medida que los carruajes se cargaban más y más, aumentaban los vuelcos y los naufragios) y los efectos culturales de su tendencia al dinero rápido. Es posible que el declive económico

8 Trend, J.B. (1957), *Portugal*, Benn, Londres.

de Portugal en este período se haya exagerado para favorecer una explicación fácil de la moralidad posterior, pero el hecho central está claro: la fase inicial de la expansión ultramarina portuguesa se basó en una economía metropolitana flagrantemente perezosa⁹.

América

Hacia mediados del siglo xvi se iniciaron las plantaciones de azúcar en los escasos asentamientos portugueses al nordeste de Brasil. La producción se expandió y a finales de siglo contribuía de forma importante a la economía nacional. De 1580 a 1640 Portugal se incorporó al Reino de España y se vio envuelto en guerras con Inglaterra y Holanda. Los ataques neerlandeses a las posiciones portuguesas en Oriente comenzaron casi de inmediato: en 1602 se fundó la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales y en 1605 cayó la isla de Ambon, en 1607 las de Ternate y Tidore y en 1622 la de Ormuz. La expulsión de Japón se produjo en 1639, Malaca fue tomada en 1641 y Ceilán y la costa de Malabar, entre 1655 y 1663, cuando finalmente se firmó la paz.

A principios del siglo xvii el imperio de las especias estaba perdido. En esta coyuntura crítica, el azúcar brasileño salvó la prosperidad portuguesa y preservó su estructura casi intacta. En 1612 ocho de las once capitanías brasileñas exportaban entre 7000 y 8500 toneladas de azúcar al año. El valor de mercado de esta cosecha era enorme: ya en 1627 se calculaba en 400 000 cruzados anuales. El Imperio portugués no se limitó a pasar de un producto primario a otro, puesto que en ambos casos se trataba de la mercancía más lucrativa del siglo (las especias en el xvi y el azúcar en el xvii). El azúcar fue la exportación a granel más importante del mundo tropical a Europa en el siglo xvii y el azúcar brasileño dominó el suministro mundial.

Las plantaciones brasileñas completaron la conversión de intercambio a extracción en el modo básico de explotación del Imperio portugués, además de atraer a la primera oleada real de colonización. La innovación tecnológica empezó a afectar al proceso económico *per se*: el azúcar era un cultivo importado que empezó a procesarse directamente en las refinerías, por lo que grandes áreas del nordeste de Brasil fueron desbrozadas (aunque el desarrollo seguía concentrándose cerca del litoral). En cuanto a todos los aspectos esenciales, poco cambió. El azúcar simplemente sustituyó a las especias y la orientación del imperialismo

9 En el original *fainéant*, del francés «holgazán», «perezoso», «vago». [N. del T.].

portugués pasó de Asia a Sudamérica. La economía nacional no se fortaleció y, de hecho, la principal autoridad académica sobre el Brasil colonial escribió: «No es exagerado decir que la existencia de Portugal como nación independiente dependía principalmente de los recursos que obtenía del comercio con Brasil»¹⁰.

A finales del siglo xvii la producción de azúcar en las Antillas francesas y británicas comenzaba a superar a la brasileña. En este segundo momento de crisis la economía imperial fue rescatada y transformada una vez más, pues en 1694 se descubrió oro en Brasil, en 1718 se encontraron nuevos yacimientos en el interior y en 1728 se descubrieron diamantes en la zona aurífera original. Los ingresos de esta nueva riqueza colonial igualaron o superaron los beneficios del azúcar y durante 100 años las minas de Minas Gerais y Cuiabá aseguraron la prosperidad imperial de Portugal. Con todo, y a pesar de las reinversiones marginales en Portugal, también preservó el infantilismo económico portugués.

En Brasil los hábitos del monocultivo se mantuvieron sin cambios o incluso se reforzaron con la sustitución de plantaciones por minas. De hecho, en Minas Gerais se prohibió cualquier ocupación que pudiera desviar mano de obra de la industria del oro. En 1703 Portugal firmó el Tratado de Methuen con Inglaterra y el subdesarrollo portugués recibió un estatuto jurídico explícito. Adumbración de los dispositivos coloniales del siglo xix, este Tratado colocó a Portugal en la posición de un dependiente económico permanente. A cambio de la entrada preferente de vino portugués en Gran Bretaña, se concedió entrada libre a los paños británicos, por lo que se ahogó la industria lanera que se proyectaba en Portugal y se restringió la economía de exportación nacional a productos primarios transformados.

En una época en la que los lingotes de oro brasileños proporcionaban enormes ingresos a Lisboa, la anomalía del imperialismo portugués nunca estuvo tan clara. La producción de cereales se hundió mientras se extendía la viticultura, en un patrón que se ha convertido ya en un clásico de la Argelia del siglo xx. El comercio con los británicos tenía un déficit de un millón de libras al año y la diferencia se cubría en oro.

En 1822 Brasil declaró su independencia. Portugal, privado de su Imperio, recayó en la pobreza, el estancamiento y la deuda. El siglo xix dejó al país súbitamente reducido a sus proporciones reales y detenido en ellas.

10 Boxer, C.R. (1952), *Salvador de Sá and the Struggle for Brazil and Angola*, Athlone, Londres.

África

Cuando el siglo tocaba a su fin el Imperio portugués revivió, transformándose una vez más. Esta última metamorfosis se produjo en África.

En 1505 en su ruta de navegación a la India Francisco de Almeida estableció una fábrica en Sofala y una fortaleza en Kilwa Kisiwani, ambas en la costa oriental de África. Dos años más tarde se construyeron en Isla de Mozambique otra fortaleza y otra fábrica. En 1531 se fundó Sena y en 1544, Quelimane. La finalidad de estos enclaves era servir como puertos de aprovisionamiento y protección para las rutas hacia la India e Indonesia. De hecho, técnicamente se administraban desde el Virreinato de Goa. Al mismo tiempo, los portugueses esperaban descubrir importantes depósitos de plata y oro en el interior de África, pues en esta época llegaban a la costa desde Manica y Mashona cantidades limitadas de metales preciosos que generaban una gran expectativa. Sin embargo, no se encontró ninguno de los dos metales nobles en cifras sustanciales, por lo que la penetración portuguesa en el interior, motivada casi exclusivamente por su búsqueda, fue restringida y efímera. A finales del siglo xvii solo se había ocupado el valle del Zambeze hasta la ciudad de Tete e incluso allí los asentamientos eran escasos y misteriosos. La población portuguesa en todo el litoral no superaba el millar de habitantes. Con el colapso del comercio de especias y del Imperio portugués en Asia desapareció la razón de ser de la presencia lusa en la costa este de África, por lo que decayó toda la zona. Hubo una retirada de los puestos más alejados del interior y la costa de Sofala quedó desierta. Duffy, historiador del África portuguesa, escribe:

En la década de 1810 la ocupación costera portuguesa era la misma que en 1600 y consistía en fortificaciones y puntos comerciales desde Ibo hasta Lourenço Marques. Los informes de viajeros y gobernantes registran la apatía, la enfermedad y el abandono que se daban en estas ciudades costeras [...]. Los portugueses no penetraron en el interior de forma perceptible ni por la parte norte ni por la parte sur. Es más, sus puestos de avanzada en el litoral sufrían ataques de las tribus fronterizas con periodicidad.¹¹

En la costa occidental, en torno a Luanda (fundada en 1576) y la desembocadura del río Congo, el desarrollo fue muy diferente. Plata y

11 Duffy, J., *Portuguese Africa*, op. cit.

esclavos eran los dos objetivos de la penetración portuguesa en Angola. En 1604 se llegó a Cambambe, considerado el centro del «país de la plata», pero no se encontraron minas. A partir de entonces los asentamientos portugueses en la costa funcionaron casi exclusivamente como puestos de embarque para el comercio de esclavos. La economía de plantación brasileña del siglo xvii exigía una gran afluencia de mano de obra y la costa occidental portuguesa se dedicó a abastecerla. A excepción del puerto pesquero de Benguela, en el sur, Angola no desarrolló ninguna otra actividad económica durante dos siglos. Entre 1580 y 1680 exportó cerca de un millón de esclavos y otro medio millón desde la zona del Congo, lo que supone una media de 15 000 esclavos al año (de los que 8500, más de la mitad, se destinaron a Brasil). De 1680 a 1836 la cifra total estimada es de dos millones de esclavos solo desde Luanda y Benguela, más probablemente otro millón desde el Congo y el comercio ilícito. Los envíos anuales alcanzaron los 20 000 y 30 000 esclavos en los últimos diez años de su existencia legal. En 1800 los esclavos eran también el principal producto de exportación de Mozambique y, a medida que disminuía el suministro de la costa oeste, el tráfico de la costa este se expandía rápidamente: entre 1780 y 1800 el flujo fue de unos 10 000 al año y durante los siguientes 50 años subió a 15 000 y 25 000 esclavos.

En los siglos xvii, xviii y principios del xix Angola era la principal zona de suministro de mano de obra para las plantaciones y minas brasileñas. Su papel en la economía de Brasil era tan absolutamente indispensable que un lema del siglo xvii era «sin azúcar no hay Brasil y sin Angola no hay azúcar». En total, entre cuatro y cinco millones de esclavos fueron enviados a Brasil durante todo el período colonial (1500-1820). La relación simbólica entre las dos zonas se puso de manifiesto cuando Brasil, al lograr la independencia en 1822, intentó separar a Angola de Portugal y establecer una federación transoceánica con ella y con Mozambique.

De esta forma, la extensión y el tipo de presencia portuguesa en Angola estaban determinados casi exclusivamente por la economía esclavista. Era necesaria cierta penetración en el interior para la compra o captura de esclavos, por lo que la extensión geográfica del territorio controlado por Portugal era mayor que la de la costa oriental. Se estima que a finales del siglo xvii unas 50 000 millas cuadradas estaban controladas por los portugueses o, por lo menos, estos tenían libertad de movimiento en el interior de la zona. La presencia lusitana se concentraba principalmente en los enclaves de Luanda y Benguela, en el litoral. El interior se mantenía a

través de un sistema de pequeñas fortalezas dispersas en puntos aislados, como en Massangano, Muxima, Pungo Andongo, Cambambe y Ambaca. Ninguno de estos enclaves estaba a más de unas 150 o 200 millas de la costa. Sin embargo, la superficie total con presencia portuguesa, incluso vestigial, no superaba la décima parte de la actual Angola (481 000 millas cuadradas). En términos de población, un censo de la década de 1830 tan solo apuntaba 1832 habitantes blancos en toda la zona de ocupación portuguesa. De ellos, 1500 se concentraban en Luanda y unos 300 se repartían en todo el resto de Angola (de hecho, en 1845 Benguela solo tenía 38). Nueve años después, en 1854, Livingstone calculó que había unos 830 en Luanda y unos 1000 en todo el territorio. Así pues, se puede afirmar que a mediados del siglo XIX no había más de 3000 portugueses (y quizá el doble de mulatos) en el África subsahariana.

Durante cuatro siglos el África portuguesa tuvo una existencia casi puramente *accesoria* y su valor era uno extrínseco, como zona de abastecimiento de los grandes centros de poder imperial en la India y Sudamérica. La costa oriental funcionaba como zona de tránsito y depósito para la navegación india y la occidental, como reserva de mano de obra para Brasil.

Cuando se perdieron las Indias Orientales, la costa este de África se desintegró y, cuando se suprimió el comercio de esclavos, la costa oeste se hundió en el abandono y la decadencia. A mediados del siglo XIX los asentamientos africanos, supervivientes gracias a su poca importancia, eran casi el único vestigio del Imperio portugués. Ya en 1854 era ominosa una observación de Livingstone en la que criticaba la decadencia de Portugal en Angola:

Si Angola hubiese sido posesión de Inglaterra, habría producido tanta o más materia prima para las fábricas que lo que se produce en una extensión territorial de igual tamaño en las zonas aldoneras de los Estados Unidos.

De repente, a finales del siglo XIX estas áreas se convirtieron en los enormes territorios coloniales de Angola y Mozambique. En las circunstancias de este cambio radica la explicación fundamental de la estructura actual de las colonias portuguesas.

La conquista y reparto de África por las potencias de Europa Occidental se produjo esencialmente en las dos últimas décadas del siglo XIX. En 1880 la ocupación europea se limitaba a las siguientes zonas: Francia ocupaba Argelia hasta la frontera sahariana, Senegal, incluidas algunas zonas de los actuales Malí y Mauritania, y la franja costera de

Gabón; Gran Bretaña ocupaba Gambia, Lagos y las franjas costeras de Sierra Leona, la Costa del Oro y Nigeria Oeste; y Portugal ocupaba las franjas costeras de Angola y Mozambique. También existían la Colonia del Cabo, las provincias de Natal y Transvaal y el Estado Libre de Orange. Para 1895 todo el continente estaba dividido, a excepción del Sáhara, Sudán, Marruecos, Trípoli y Etiopía.

El motor de esta vasta expansión fue uno *industrial*. Un nuevo tipo de imperialismo había surgido, lo que significaba la expresión plena y definitiva de la supremacía tecnológica y la productividad frustrada. Este nuevo tipo de explotación requería la absorción de un volumen y una gama de materias primas sin precedentes por parte de la potencia colonizadora, además de la reexportación de una parte sustancial de estas materias primas a los territorios colonizados en forma de baratos productos manufacturados, principalmente prendas de vestir.

Inglaterra, Francia y Alemania, los tres países más industrializados de Europa, representaban casi el 80 % de las adquisiciones territoriales en África de la segunda mitad del siglo XIX. Sus conquistas se basaron en un extremo dinamismo económico y, con la excepción de Francia, también demográfico.

La institución más expresiva de este imperialismo fue la sociedad anónima. Las poderosas empresas privadas se apoderaron de la iniciativa política y geográfica antes de que se produjese la propia intervención del Estado. En otras palabras, las compañías asumieron un estatus político de semisoberanía al administrar enormes áreas de África con sus propios presupuestos, leyes, policía y diplomacia. Por ejemplo, en África Occidental la Compañía de África Unida (1879) y sus sucesoras, la Compañía Nacional Africana (1881) y la Real Compañía del Níger (1886), ocuparon y gobernaron amplias zonas de Nigeria. La Compañía Alemana del África Oriental (1885) administró Tanganica y la Compañía Imperial Británica de África Oriental (1887), Kenia. En África Central el fenómeno adoptó su forma más extrema con el régimen de la Asociación Internacional del Congo (1882) del rey Leopoldo II de Bélgica. En el sur de África la Compañía Británica de Sudáfrica se apoderó de la mayor parte de las Rodesias y Nyasalandia, mientras que la Sociedad Colonial Alemana se hizo con el suroeste del continente. A partir de 1893 la Compañía Filonardi controló la Somalia italiana. Así, el papel empresarial fue reducido únicamente en la expansión francesa, donde se impuso una tradición más militar y dirigista.

Esta forma mixta de empresas privadas que ejercían poderes públicos era una materialización institucional del nuevo imperialismo.

El ímpetu de la «carrera por África» procedía de las economías impulsoras de Europa Occidental, cuyas cabeceras eran, lógicamente, las grandes compañías merodeadoras. La expansión no fue un artefacto político planificado, sino que fue *espontánea*, una explosión elemental de la economía y un desbordamiento de todas sus fuerzas. Una vez en marcha, entraron en juego estratégicas consideraciones políticas y comenzó a intervenir la política nacional. Los protectorados de las compañías se convirtieron en colonias, pero la acción del Estado no llegó hasta *después*, como consumación del proceso y no como su germen. De hecho, hubo varias ocasiones en las que el Estado se negó a «seguir» a una compañía en alguna maniobra adquisitiva. Por ejemplo, en 1881 el Gobierno británico rechazó el protectorado de los dominios continentales del sultán de Zanzíbar, que habían sido asegurados por Sir William McKinnon, futuro presidente de la Compañía Imperial Británica de África Oriental.

¿Hasta qué punto el desarrollo de las colonias portuguesas se ciñó a este patrón? La presencia portuguesa en África es anterior a la de cualquier otra potencia europea y sus asentamientos son los enclaves europeos más antiguos del continente. Sin embargo, la entrada portuguesa en la competición por África fue casi la última.

El momento y las circunstancias de su apertura son reveladores. Durante 60 años a partir de la década de 1820 Inglaterra se negó a reconocer las demandas de Portugal sobre el territorio situado entre Ambriz y el río Congo, la zona histórica del Reino de Bakongo, ahora desocupada. Luego, en 1882 y 1883, la política inglesa cambió repentinamente y se volvió receptiva a las reclamaciones portuguesas. La razón fue la penetración rápida y efectiva en el África Ecuatorial por parte de Pierre Savorgnan de Brazza en nombre del gobierno francés y de Henry Morton Stanley en el del rey Leopoldo, lo que amenazaba con cerrar a los intereses británicos toda el África Central y, en particular, la cuenca del Congo. Para bloquear esta evolución Inglaterra intentó en 1884 reconocer la soberanía portuguesa sobre ambas orillas del Congo hasta Nóqui a cambio de libertad de navegación por el río, preferencias aduaneras y una comisión dual angloportuguesa para controlar el tráfico fluvial. La oposición alemana, francesa e inglesa impidió la ratificación del Tratado y propició la Conferencia de Berlín de 1885, en la que se cedió a Portugal la orilla sur del Congo, pero el país perdió la orilla norte.

La mayor apuesta portuguesa por el engrandecimiento territorial llegó al año siguiente. Se firmaron Tratados con Francia y Alemania que

reconocían el derecho de «soberanía y civilización» en los territorios que separaban las posesiones portuguesas de Angola y Mozambique, sin perjuicio de los derechos que otras potencias pudiesen haber adquirido sobre ellos. La ambición portuguesa consistía en un imperio de costa a costa que se extendiese desde Luanda hasta Lourenço Marques sin interrupción. Este plan amenazaba de forma directa dos intereses británicos atrincherados: Rhodes, en Sudáfrica, y las misiones del distrito de Shire en Nyasalandia. Mientras que en Rhodes, tras la anexión de Bechuana-landia, se intentaba avanzar hacia el norte a través del río Limpopo, los misioneros de Shire querían reforzar su dominio en la región del lago Nyasa. En 1887 el Gobierno británico envió un comunicado a Lisboa en el que rechazaba las reclamaciones transcontinentales portuguesas al alegar que las zonas en cuestión no estaban «ocupadas de manera efectiva» por Portugal en los términos del Acta General de la Conferencia de Berlín. Portugal reaccionó enviando expediciones a Mashonalandia y Nyasalandia para establecer su propia soberanía, aunque ya era tarde. Con todo, proclamó la creación de un nuevo distrito mozambiqueño que incluía la mayor parte septentrional de Rodesia del Sur y, así, separó Mashonalandia de Nyasalandia, ocupadas ahora por los británicos. A finales de 1889 un destacamento portugués al mando de Alexandre de Serpa Pinto comenzó a avanzar hacia Makololandia con el aparente propósito de inspeccionar el territorio para una nueva línea de ferrocarril (en realidad, buscaba unirse a las tropas lusitanas que avanzaban hacia el este desde Angola). En noviembre se enfrentó en el río Shire a miembros de tribus protegidas por los británicos, por lo que este Gobierno envió de inmediato un ultimátum a Portugal en el que le exigía la retirada de la zona de Shire y Mashonalandia. Ante la amenaza de algunos buques de guerra británicos que se dirigían desde Zanzíbar hacia Mozambique, la diplomacia imperial portuguesa se vino abajo. El Gobierno dimitió y en junio de 1891 firmó un Tratado que circunscribía la jurisdicción portuguesa a, más o menos, los límites actuales de Mozambique (una frontera situada a unas 600 millas al este del límite más lejano de Angola). Simultáneamente, estalló una grave crisis financiera en Portugal.

Incluso después de los acuerdos diplomáticos, aún no se había completado la aplicación de la «ocupación efectiva» del Acta General de la Conferencia de Berlín. El desastre diplomático de 1891 suscitó una intensa reacción nacionalista en Portugal y, por primera vez, se puso deliberadamente en marcha una acción coordinada para intentar someter por la fuerza militar a las poblaciones africanas bajo control portugués.

De 1895 a 1896 una campaña bajo el mando de António Enes y Joaquim Augusto Mouzinho de Albuquerque redujo a Gazalandia en el sur de Mozambique, en 1897 João de Avezedo Coutinho ocupó la zona costera al norte de Quelimane, entre 1902 y 1904 la Compañía de Zambesia «apaciguó» toda el área desde Tete hasta la frontera con Nyasalandia, en 1906 se sometió al sector septentrional ubicado frente a Isla de Mozambique y en una serie de campañas llevadas a cabo entre 1908 y 1912 se logró controlar a las tribus Yao del lago Nyasa.

En Angola la ocupación militar tardó aún más. Entre 1901 y 1902 se conquistó la región de Bailundo, en la zona norcentral de Angola; de 1907 a 1910 la zona de Dembos, a tan solo unas cientos millas de Luanda, fue atacada y ocupada; al sur, los Quanhamas infligieron una dura derrota a los portugueses en 1904 y las campañas para someterlos se prolongaron hasta 1915; y en 1917 todavía fue necesario enviar un comando a Moxico para colonizar el sudeste de Angola. De hecho, no fue hasta el final de la Primera Guerra Mundial cuando Angola y Mozambique quedaron plena y definitivamente bajo control lusitano.

Las características específicas del colonialismo portugués de las dos últimas décadas del siglo XIX son claramente visibles incluso a partir de una descripción tan resumida como la que se acaba de hacer en estas páginas. En primer lugar, la diplomacia colonial portuguesa puso en marcha sus engranajes *desde el exterior*, a causa de las acciones y decisiones de otras potencias europeas. Las negociaciones sobre el Congo en 1884 y 1885, que marcaron la entrada de Portugal en el campo de batalla de la partición africana, fueron el resultado de la aprensión británica ante las penetraciones francesa y belga en el África Ecuatorial. Así, Portugal entró en el entramado político con dos frentes abiertos: Francia y el rey Leopoldo amenazaban las posiciones inglesas e Inglaterra contramanio-braba manipulando a Portugal. Es evidente que Inglaterra consideraba débil a Portugal, puesto que prácticamente lo suplantaba como fuerza de gobierno en las zonas clave que se le habían reconocido al país ibérico.

La «ofensiva» portuguesa entre 1886 y 1890 fue consecuencia directa de la humillación de Berlín en 1885. El nacionalismo de los militares y de los intelectuales exigía una respuesta territorial masiva al trato que Portugal había recibido en la Conferencia y a la reevaluación del estatus que ello implicaba. No solo la motivación venía dictada por la experiencia sufrida en Berlín, sino también la estrategia de ataque. Inglaterra había demostrado allí ser un patrón ineficaz y Alemania un oponente exitoso, por lo que el Gobierno de José Luciano de Castro y Henrique

de Barros Gomes intentó conseguir en 1886 el *Mapa cor-de-rosa* (es decir, la colonia transcontinental) en base a un apoyo alemán. De ahí el Tratado con Alemania de 1886, que hizo considerables concesiones territoriales a Alemania en el sur de Angola y el norte de Mozambique. La aprobación germánica no supuso ningún respaldo concreto para Portugal ante la oposición británica, de modo que el Tratado no fue más que un arma de papel (si bien fue también la piedra angular del plan portugués para lograr una colonia de costa a costa). La naturaleza irrealizable de la ofensiva era, por tanto, evidente desde el principio. Las medidas posteriores, como la simple proclamación de un nuevo «distrito» en Mozambique que incorporase amplias zonas de la actual Rodesia del Sur, fueron similares. Cuando finalmente se emprendió la acción militar cuatro años después de los Tratados de 1886, Portugal solo pudo adentrarse unas pocas millas en Nyasalandia antes de ser detenido. La apuesta portuguesa por un imperio transcontinental fue un farol que solo le sirvió para engañarse a sí mismo. Cuando se enfrentó a un verdadero desafío, se derrumbó de forma instantánea e ignominiosa.

En un contexto más amplio de la conquista europea de África en las dos últimas décadas del siglo XIX las maniobras portuguesas de 1886 a 1890 adquieren una importancia mayor. Un vistazo rápido a la cronología del avance europeo en África (véase más arriba) revela que la mayor parte de las adquisiciones coloniales se habían realizado ya en 1885: Túnez, Egipto, Somalia, gran parte del África Occidental Francesa, Togo, la Costa del Níger, Camerún, el Congo francés, el Estado Libre del Congo, África del Sudoeste, Bechuanalandia y Tanganica. Las grandes conquistas estaban aún por llegar, pero es sorprendente lo tarde que llegó el intento de expansión portuguesa en África Central teniendo en cuenta el comprimido lapso de tiempo de la carrera colonial. Tras la formación en 1875 de la Sociedad Geográfica en Lisboa, se enviaron varias expediciones para reforzar las demandas portuguesas sobre el África Central. Las más notables fueron las travesías continentales de Alexandre de Serpa Pinto en 1877 y 1879 y las de Hermenegildo Capelo y Roberto Ivens en 1884. Estos exploradores tuvieron éxito, pero la incapacidad portuguesa para consolidar la colonización con algún sistema efectivo de control militar o político, sumada a la ausencia de compañías pioneras en el sector, convirtieron a estas expediciones en asuntos de mero prestigio. Fue solo después de 1884 cuando se produjo un intento serio de conseguir el reconocimiento de las reivindicaciones territoriales. Incluso así, tanto las circunstancias específicas de la crisis del Congo y la

puja por el corredor anglomozambiqueño como el calendario general de conquista sugieren que, claramente, el papel portugués en la conquista de África estuvo determinado por los roles *previos* de otras potencias industriales europeas y no por una lógica interna.

Una última consideración confirma esta conclusión: el principal vector del nuevo imperialismo, la compañía fletada, casi no existía en el África portuguesa de aquella época. No existían verdaderos equivalentes de la Compañía Británica de Sudáfrica, la Compañía Alemana del África Oriental o la Real Compañía del Níger. A partir de 1891 sí existieron compañías concesionarias en Mozambique, como la Compañía de Mozambique (1891), la Compañía de Niassa (1891 o 1893) y la Compañía de Zambesia, que entre todas ellas controlaban dos tercios de Mozambique para 1900. No obstante, dos rasgos distintivos diferenciaban a estas compañías de sus homólogas inglesas o alemanas. En primer lugar, eran deliberadamente imitativas y se inspiraban en ejemplos extranjeros a cuya imagen y semejanza se modelaban conscientemente. En segundo lugar, no solo su modelo era extranjero en su mayoría, sino también su capital real. El capital inicial emitido por la Compañía de Mozambique fue de cinco millones de dólares, de los cuales una gran proporción fue suscrita en Inglaterra, Alemania y Sudáfrica. Además, el capital de la Compañía de Niassa era predominantemente británico y las acciones de la Compañía de Zambesia se compraron en Inglaterra, Francia, Alemania y Sudáfrica. La economía portuguesa apenas se vio afectada por la expansión comercial e industrial de Europa Occidental en el siglo XIX. La participación relativa y absoluta de Portugal en el comercio internacional es condenatoria:

Parte del comercio internacional
(Directorio de estadísticas de Mulhall)
mill. de libras esterlinas

	1850	1860	1870	1880	1890
Gran Bretaña	169	375	547	698	740
Holanda y Bélgica	61	86	136	237	310
Alemania	95	167	227	339	311
Portugal	5	8	10	14	18
Italia	38	52	66	91	94

El retraso en el sector privado se refleja en la dimensión del presupuesto nacional, que, a su vez, revela una incapacidad paralela de la expansión colonial a hacer frente a los costes de las infraestructuras administrativas y militares:

Gasto público por partidas (muestra del año 1887)
mill. de libras esterlinas

	Gobierno	Deuda	Militar/Naval	Total
Gran Bretaña	30,2	27,9	31,9	90,0
Alemania	82,3	16,7	31,0	130,0
Francia	41,0	52,8	31,4	125,0
Italia	34,7	20,7	14,2	69,6
Portugal	4,0	3,6	1,4	9,0

En 1888 Portugal tenía la mayor proporción europea de deuda nacional en relación con su renta: 27,5 %, cifra únicamente superada por el 30 % de Turquía.

El carácter específico de las colonias portuguesas en África a principios del siglo xx es inconfundible. El resto de colonias del siglo xix fueron el resultado de una expansión industrial de la potencia metropolitana. Surgieron por una acumulación masiva de capital nacional y tecnología que habían creado una necesidad de materias primas y mercados sin precedentes. Como tales, las colonias eran extensiones «naturales» de la economía metropolitana y funcionaban según un modelo uniforme y racionalizado.

No obstante, las colonias portuguesas tenían un origen totalmente distinto. En esencia, eran supervivientes estancados de los centros de esclavos y de comercio del siglo xvi, extendidos repentinamente hacia el interior del país bajo la amenaza de una anexión europea rival. Si el grandioso sueño de un Imperio transafricano quedó en nada, las maniobras de 1886 y 1891 aseguraron, aunque solo sea debido a no haber alcanzado un objetivo mayor, las actuales fronteras de Angola y Mozambique (ambas mucho mayores que cualquier línea de presencia portuguesa en el momento). Así, el estímulo por la colonización no vino por ningún impulso industrial, interno o «natural», sino que fue uno externo y artificial y, por tanto, la colonización portuguesa puede denominarse sin duda *colonización refleja*.

La economía lusitana estaba en bancarrota y era una cáscara hueca, podrida y arcaica. Era totalmente incapaz de llevar a cabo o siquiera iniciar la conversión de un imperialismo extractivo a uno transformador. Este hecho es el determinante fundamental de la estructura actual de las colonias portuguesas en cuanto que proporciona la explicación maestra tanto de los sectores individuales del sistema colonial portugués como de su integración en el conjunto.